

Desenchufar

Sergio Aguayo

A la memoria de Antonio Camacho Romero y Rafael Monroy Martínez, defensores de pueblos morelenses

En Estados Unidos, las plataformas tecnológicas desenchufaron al presidente demagogo e incrementaron los controles sobre la circulación de la mentira y el odio por las redes sociales. El asunto importa por el creciente autoritarismo del presidente mexicano.

La reacción de Andrés Manuel López Obrador es reveladora de sus impulsos autoritarios. En lugar de condenar a Donald Trump por el asalto al Capitolio, reprobó a las plataformas por limitar la libertad de expresión y, al mismo tiempo, quiere eliminar a los órganos autónomos, uno de los cuales (el Instituto Nacional de Transparencia, Acceso a la Información y Protección de Datos Personales, INAI) ha sido fundamental para las investigaciones académicas y periodísticas sobre la gestión pública. Tenemos que frenarlo.

Estados Unidos está logrando sortear otra crisis creada por presidentes con vocación imperial. Donald Trump llevó a una fase superior las trapacerías y mentiras de Lyndon B. Johnson, Richard Nixon y algunos más. Al vecino volvieron a funcionar los pesos y contrapesos creados por otras instituciones del Estado y por una sociedad altamente organizada.

Cada crisis tiene diferentes ingredientes. En la actual, el origen está en el matrimonio de conveniencia entre Trump y las grandes plataformas. En sus inicios, las redes sociales necesitaban a celebridades mediáticas para darse a conocer y Trump requería de un megáfono para construir una realidad a la medida de su ego. En 2015 tenía 2.9 millones de seguidores en Twitter, y cuando lo expulsaron la semana pasada ya alcanzaba 88.7 millones. Durante esos años Trump edificó una realidad a la medida de sus fantasías y ambiciones personales. Se extralimitó y alentó la violencia buscando revertir el dictamen de las urnas. Fracasó.

México tiene similitudes y diferencias. Sigue acumulándose la evidencia de que López Obrador busca controlar el debate y acumular poder creyendo que sólo así funcionará su proyecto. Sin embargo, en su caso las redes han tenido un papel menor: en proporción, su crecimiento en el número de seguidores ha sido más modesto que el de Trump. En junio de 2018 nuestro presidente tenía 4 millones y en la actualidad 7.7. Importantes sí, pero insuficientes para explicar sus niveles de popularidad. En su caso la principal herra-

Cada crisis tiene diferentes ingredientes. En la actual, el origen está en el matrimonio de conveniencia entre Trump y las grandes plataformas. En sus inicios, las redes sociales necesitaban a celebridades.

mienta es la “mañanera”, la tribuna desde la cual informa, opina y difama invocando una y otra vez la santidad de la libertad de expresión.

Por supuesto que todos tenemos derecho a decir lo que pensamos, pero lo que nuestro presidente evade es que él recibe mucha más atención pública y mediática. Resulta por tanto natural exigirle que ancle sus afirmaciones en información confiable. Los hechos verificables son el cimiento de una sociedad democrática. Este principio debe ser el barómetro central para discutir si la libertad de expresión debe tener límites.

Desafortunadamente, en lugar del diálogo tenemos la descalificación. Estamos divididos, obcecados, enojados y las redes potencian las injurias y las falsedades. Es lamentable la ligereza con la cual se habla de conspiraciones nunca demostradas. Para algunos, hay una gigantesca conjura contra el presidente, para otros el presidente está aliado a fuerzas oscuras para eliminar las libertades alcanzadas.

El objetivo es claro y difícil: conciliar la libertad de expresión con el derecho a información veraz y a la salvaguarda del honor. Y para eso necesitamos órganos autónomos y fuertes. El presidente ya arrinconó al Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (CONAPRED) y castró a la Comisión Nacional de los Derechos Humanos. Ahora quiere desaparecer al INAI, organismo clave para el florecimiento de las investigaciones académicas y periodísticas sobre la gestión pública. Tenemos que defender la autonomía de estos órganos y exigir a las plataformas tecnológicas que establezcan controles a la difusión del odio y la mentira en redes sociales.

En otras palabras, la confrontación entre proyectos alternativos debe basarse en datos verificables, el bien público más valioso de este momento. Y para ello tenemos que desenchufar y expulsar al odio y la mentira del discurso público, y de las redes sociales. ¡Salvemos al INAI!

@sergioaguayo

Colaboró: Sergio Huesca Villeda

JAQUE MATE

Sergio Sarmiento

Esos viejos tiempos

“Pero eso es el pasado. Y ahora solo estamos viendo hacia el futuro”.
DONALD TRUMP

La primera vez que vine a Estados Unidos fue a principios de 1972. Llegué a Chicago, durante la campaña presidencial en la que el demócrata George McGovern contendía contra el presidente republicano Richard Nixon.

Yo venía del México de los priistas Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría, que hoy el presidente López Obrador recuerda con tanta nostalgia. Las manifestaciones se reprimían con balas o palos y nadie en los medios se atrevía a criticar al gobierno. Era un México de pobreza y enormes privilegios para quienes estaban cerca del poder. En Estados Unidos me asombró no solo la prosperidad, sino la manera en que McGovern y sus simpatizantes criticaban al régimen. Por primera vez entendí lo que era vivir en un país de libertades políticas y económicas.

A 49 años de distancia algunas cosas han cambiado y otras no. Estados Unidos no solo sigue siendo más próspero que México, sino que la distancia ha aumentado. En la Unión Americana está terminando su mandato un presidente, Donald Trump, que como Nixon antes ha destruido muchos de los acuerdos del sistema de libertades económicas y políticas. La fortaleza de las instituciones impidió que este presidente se mantuviera en la Casa Blanca, pese a haber perdido la elección del 3 de noviembre. En México, mientras tanto, tenemos un gobierno que no solo admira los regímenes del viejo PRI, y al propio Trump, sino que está tomando medidas para regresar a la centralización de poder de los gobernantes de ese entonces. El presidente López Obrador, sin embargo, goza de una gran popularidad y tiene buenas probabilidades de incrementar su fuerza política en las elecciones de este año.

En la historia nada pasa porque sí. A pesar de sus faltas políticas y éticas, Trump obtuvo 74 millones de votos en los comicios del 3 de noviembre. Esto es consecuencia en parte de un cambio fundamental. En 1972, cuando llegué por primera vez a este país, el 84 por ciento de la población era “blanca”. Para 2017, ya en la era Trump, esta proporción había bajado a 60.6 por ciento. Se espera que para el 2050 los blancos se conviertan en una minoría en la Unión Americana.

En la historia nada pasa porque sí. A pesar de sus faltas políticas y éticas, Trump obtuvo 74 millones de votos en los comicios del 3 de noviembre. Esto es consecuencia en parte de un cambio fundamental.

Esta situación ha hecho que muchos estadounidenses de raza blanca se sientan invadidos en su propio país. Trump ha logrado movilizar a esta población. El Partido Republicano, que en el siglo XIX fue el que peleó por abolir la esclavitud de la población negra, se ha convertido hoy en el partido de los blancos, mientras que el Partido Democrático, que defendía primero la esclavitud y después limitaba los derechos de los negros, hoy es la organización que aglutina a los negros, los latinos y a diversos grupos de migrantes.

Cuando Trump hace la promesa de “hacer grande a América otra vez”, no se refiere realmente a la prosperidad, porque antes de la pandemia la Unión Americana era más próspera que nunca, sino que busca regresar a una nación mítica que era abrumadoramente blanca. Por eso su énfasis en construir el muro, por eso ha mantenido el apoyo de la población blanca a pesar de todas sus transgresiones.

Es una lástima. Entiendo los temores al cambio de la población blanca, pero Estados Unidos se convirtió en una nación próspera por sus libertades económicas, por el libre comercio y por la inmigración. Las medidas que tomó Trump para eliminar las libertades económicas y la migración no han hecho más que debilitar al país que prometió hacer grande otra vez.

PRESUMIDOS

Una vez más la SRE presume de haber pedido que se mantenga cerrada la frontera con Estados Unidos, pero los cruces fronterizos están cerrados solo para los mexicanos, no para los estadounidenses. ¡A quién se le ocurre que a México le conviene que se discrimine a los mexicanos! ¿Y quién piensa que el coronavirus verifica el pasaporte antes de contagiar a alguien?

Twitter: @SergioSarmiento

Con Biden vendrán más inmigrantes (y eso está bien)

Jorge Ramos

ESTADOS UNIDOS TIENE UNA OPORTUNIDAD HISTÓRICA DE RECUPERAR SU IMAGEN COMO UN PAÍS DE INMIGRANTES, PERO EL ARRANQUE NO SERÁ FÁCIL.

Donald Trump y el coronavirus redujeron la migración a Estados Unidos a los niveles más bajos en décadas.

Con Joe Biden en la Casa Blanca, sin duda, vendrán nuevos inmigrantes. Y eso está bien. Estados Unidos tiene una oportunidad histórica de recuperar su imagen como un país de inmigrantes. Pero el arranque no será fácil.

No sería ninguna sorpresa que con el fin de la racista y antiinmigrante era de Trump, Estados Unidos se vuelva a considerar un buen destino para personas que, considerando los desafíos que muchos enfrentan en casa, optan por migrar. Claro, los inmigrantes vienen a Estados Unidos desde diversos países, pero la mitad son latinoamericanos, así que aquí me enfocaré en ellos.

La pandemia del coronavirus, de acuerdo con la Comisión Económica para América Latina y el Caribe de las Naciones Unidas, ha creado la peor crisis en América Latina en 120 años y ha generado una caída del producto interno bruto regional del 7.7 por ciento. Por esto, emigrar al norte es la única alternativa para muchas familias. Los efectos desastrosos de la COVID-19 se suman a la devastación causada en Centroamérica por los huracanes Eta e Iota y a los problemas de la violencia, desigualdad y hambre. Eso expulsa a cualquiera.

Leonel Burgos, quien formó parte de una caravana que salió de Honduras rumbo a Estados Unidos en diciembre, le dijo a Univision que Biden ha hablado sobre “ayudar a todos los inmigrantes, vamos a ver si es cierto”. Esa caravana fue desmantelada por las autoridades hondureñas unos días después. “Lo que nosotros pedimos como inmigrantes es que el presidente que entró ahorita, por favor, nos ayude”, dijo Juan Fernando Benítez, otro de los integrantes de la caravana.

Esto no es nuevo: cada vez que hay problemas en el sur, se reabre el tortuoso y peligroso camino al norte. El hambre es más fuerte que el miedo.

Tras el fin de la pandemia y de los ho-

rrosos de la era Trump, Estados Unidos también debe regresar a la normalidad y volver a su tradición histórica de recibir extranjeros. Nos ayudarán a salir de la actual crisis económica. Los inmigrantes hacen los trabajos más difíciles, crean empleos, pagan impuestos —se estima que los inmigrantes no autorizados pagan más de 11,000 millones de dólares en impuestos locales y estatales al año— y son una parte esencial de nuestra sociedad multiétnica y multicultural.

Pero antes de enfrentar el desafío de las nuevas caravanas provenientes de Honduras, Guatemala y El Salvador, el gobierno de Biden tendrá que lidiar con las decenas de miles de solicitantes de asilo, en su mayoría centroamericanos, que ya esperan en México, junto a la frontera de Estados Unidos.

En uno de los debates presidenciales, Biden criticó la política del presidente Trump que obliga a los solicitantes de asilo esperar en México. “Este es el primer presidente en la historia de Estados Unidos que hace que alguien que solicita asilo tenga que esperar en otro país”, dijo Biden. Ahora, ese será su problema. Si Biden quiere ser el reverso de Trump tendrá que ayudar a resolver la situación de estos refugiados con prontitud y con una actitud humanitaria. Han sido rechazados de todos lados y su última esperanza es Estados Unidos.

El próximo gobierno ya ha enviado el mensaje de que será mucho más generoso con los inmigrantes, no solo con los que vienen sino también con los que ya están aquí. Hay una larga lista de promesas para los primeros cien días de gobierno, desde presentar una propuesta de ley para ofrecer vías a la ciudadanía a alrededor de 11 millones de personas indocumentadas y proteger a los dreamers hasta darle el estatus de protección temporal (TPS, por su sigla en inglés) a cientos de miles de venezolanos que viven en Estados Unidos que salieron de su país huyendo del régimen de Nicolás Maduro.

Las propuestas migratorias de Biden contrastan radicalmente con las políticas impuestas por Trump. En una reciente entrevista con el medio conservador Wa-

ashington Examiner, Ken Cuccinelli, el funcionario designado por Trump para liderar los Servicios de Inmigración y Ciudadanía (USCIS), calculó que hasta 140.000 inmigrantes podrían estar cruzando la frontera cada mes con Biden en la Casa Blanca. “Vimos el ‘efecto Trump’ cuando llegó a la presidencia”, dijo. “Y ahora van a ver el ‘efecto Biden’. Va a ser lo opuesto. [...] Va a ser muy malo para Estados Unidos. Va a ser un problema humanitario, particularmente en medio de la COVID”.

Las caravanas de migrantes centroamericanos y la situación de los solicitantes de asilo en los campos de refugiados en México podrían convertirse en la primera crisis internacional de Biden. El presidente electo tiene una estrategia de 4.000 millones de dólares para mejorar las condiciones en Centroamérica y así evitar que las personas de la región que solían migrar a Estados Unidos no lo tengan que hacer. Y eso va a tomar años.

Mientras no haya vacunas contra la COVID-19 para todos, es poco probable que el gobierno de Biden permita la entrada masiva de refugiados y de solicitantes de asilo. Es de esperar que estos primeros meses del año, mientras persista la escasez de vacunas, le den un colchón al nuevo gobierno para formular y ejecutar una política de inmigración que pueda abordar la crisis.

Pero hay poco tiempo para maniobrar y las negociaciones con el Congreso no serán fáciles. Biden y su nominado para ser el próximo secretario del Departamento

de Seguridad Nacional, Alejandro Mayorkas, un inmigrante nacido en Cuba, tendrán que vérselas simultáneamente con la urgencia de las caravanas y de los que apenas sobreviven en los campos de refugiados en México, junto a la esperanza de quienes llevan décadas esperando una regularización de su estatus migratorio dentro del país.

El gobierno de Biden no debe ser de muros, jaulas, separaciones de familias, miedo y prohibiciones de entrada a ciudadanos de países predominantemente musulmanes, como fue el de Trump. Los buenos gobernantes no se definen por la manera en que tratan a los más ricos, sino por su trato hacia los más vulnerables. Y los inmigrantes son los más vulnerables.

Sí, con Biden habrá más inmigrantes en Estados Unidos. Con Trump, el número de inmigrantes bajó a solo 595,000 en un año (de 2018 a 2019), la cifra más baja desde los años ochenta, según un análisis del Instituto Brookings. Y contrasta con los dos años inmediatamente anteriores a la llegada de Trump, cuando Estados Unidos autorizó la entrada de más de un millón de inmigrantes anualmente.

Ese es el Estados Unidos que reconozco y admiro, el que yo escogí como país y que me permitió hacerme ciudadano, y que casi desapareció durante la presidencia de Trump. Lo que ahora más quiero es que los inmigrantes que llegaron después de mí tengan las mismas oportunidades y libertades que yo tuve.